

Ahora, nos llega una nueva producción de la Hammer —la productora inglesa especializada en títulos de terror—, que tiene el insólito título de «Dr. Jekyll y la hermana Hyde». El equívoco de la doble personalidad se mantiene aquí por una confusión sexual. Intentando encontrar el elixir de la eterna juventud, el doctor Jekyll descubre una droga que le cambia de sexo para, más tarde, cambiarle igualmente de carácter. La «señora» Hyde intentará ser quien viva venciendo al «señor» Jekyll, y continuará su oleada de crímenes, dada su innata condición de maldad. El esquema se repite en cierto modo y, desde luego, continúa siendo al final una «llamada de atención para los que intentan descomponer el orden natural de las cosas». Pero esto es un tributo inevitable al tópico. El conflicto principal, en el que el doctor Jekyll acaba por no poder controlar sus cambios sexuales y confundir su relación sentimental con los vecinos del piso de arriba —un hombre y una mujer respectivamente enamorados de la hermana Hyde y del hermano Jekyll, y, a su vez, correspondidos por ellos—, es una muy sugestiva variante del mito que, desgraciadamente, el realizador Roy Ward Baker no ha logrado llevar a sus extremos. La película se pierde en una primera hora de larga descripción del enredo, en la que ninguna sorpresa logra inquietar al espectador. La obra está narrada de forma lineal, hasta el punto de poder imaginar con facilidad cuál será la escena siguiente a la que en un momento estamos viendo.

Sin embargo, como apunta a una nueva posibilidad de la dialéctica espejo-realidad, la película de Baker contiene una serie de sugerencias aplicables a una nueva película más compleja y matizada. ■ DIEGO GALAN.

## La apología del esquírol

Sorpresa ante la segunda película de Paul Newman

como director: tras «Rachel, Rachel» (1969) y su fama de hombre progresista, nada hacía prever esta «Casta invencible» («Sometimes a great notion», 1971), homenaje al individualismo más desahogado, cántico a una tradición anclada en lo más primitivo del ser americano. Lo que hasta un cuarto de hora antes del final de la proyección podía tener un alcance crítico no exento de fascinación, por aquellos mismos personajes que se situaban entre paréntesis, adquiere a la luz de los últimos quince minutos un sentido tan claramente retrógrado, muestra una visión del mundo tan directamente filofascista, que a uno le cuesta bastante creer que en el «Directed by» figure el apellido de Newman como responsable de la obra e incluso de su coproducción.

Explicaciones quizá haya muchas: desde que Newman cogió la película ya en marcha, sin poder modificar a fondo el guión de John Gay (colaborador de Minnelli en «Los cuatro jinetes del Apocalipsis» y «El noviazgo del padre de Eddie»), hasta que el funcionamiento de los sindicatos estadounidenses no se ajusta con total exactitud al de los europeos. De cualquier forma, el conflicto planteado está muy claro: un «clan» familiar —los Stamper— se niegan a solidarizarse con la huelga desencadenada por los leñadores de un pueblecito de los montes de Oregón, y a pesar de los ataques y sabotajes de sus convecinos, a pesar de la huida de los dos miembros femeninos del «clan», éste sobrevivirá gracias a que el hijo mayor (interpretado por el propio Newman para que no haya dudas) y su hermano bastardo —antiguo universitario con intento de suicidio y cierto inconformismo a sus espaldas—, recogen triunfalmente la antorcha dejada por el padre tras su muerte, demostrando a los sindicalistas que ellos son capaces de seguir haciendo la guerra por su cuenta, sin atenerse a ningún tipo de directrices comunitarias.

Cuando aún cabía la esperanza de que el actor de «Harper» mostrase el irremediable hundimiento de esta postura, el fracaso de una anacrónica concepción de las relaciones humanas, lo que hace es justo todo lo contrario: valorarla positivamente cara al espectador, indicando con «amor y pedagogía» que ese es el camino a seguir. Tanto el título español como el francés —«Le clan des irreductibles»— o el primitivo americano —«Never give an inch», que se podría traducir como «No des nunca tu brazo a torcer», lema de la familia Stamper— sintetizan así a la perfección el contenido del film.

Este monumento al esquírol haría sonrojarse al mismísimo John Ford (homenajeado por Newman en la secuencia del «Día del leñador»), cuyo «¡Qué verde era mi valle!» se convierte, con respecto a él, en el «Ocotubre» del cine americano centrado en temas o ambientes laborales. Pero la sorpresa que provoca «Casta invencible», y de la que hablaba al comienzo, seguramente no lo sería tanta de profundizar un poco con anterioridad en los ingredientes que conforman el liberalismo americano, del que Newman se ha declarado en diversas ocasiones acendrado defensor. Liberalismo que, creo que equivocadamente, se interpreta muchas veces entre nosotros como una postura de izquierdas, progresiva, cuando en su culto a una tradición basada en el valor del individuo frente a la masa, en su creencia en la labor personal por encima de la colectiva, en su concepto de la libertad como algo usufructuable privadamente y no en cuanto pueblo, dista en su raíz de poderse equiparar a una filosofía socialista o que se aproxime a ella.

En este sentido, Newman —que, por otra parte, muestra unas dotes narrativas y de puesta en escena muy estimables— no se mostraría, pues, contradictorio con su pensamiento en el segundo largometraje que rueda,

sino coherente con una teoría que, en términos actuales, sería la del «superviviente» cara a una sociedad en crisis. No otro era el centro de «Un hombre de hoy», de Stuart Rosenberg, en la que Newman influyó bastante más que como simple actor. Pero sucede que en «Sometimes a great notion» ha ido ya demasiado lejos.

■ FERNANDO LARA.



He recibido, ya de regreso aquí en Madrid, algunas fotos de la exposición de «arte actual español» que

se ha celebrado —¿se está celebrando aún?— en Santillana del Mar, en su «Torre del Merino». Me las ha mandado, según convinimos, Blanca Iturralde, organizadora de la exposición y alcaldesa de esa maravillosa villa. ¡Alcaldesa de Santillana, Blanca Iturralde! ¿Qué ha pasado en la vida española para que esa venturosa circunstancia haya podido darse? Que me perdone el Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, pero yo estoy seguro de que, con Blanca Iturralde a la cabeza de la Alcaldía, una situación tan penosa como la de lo que yo llamo «el puente de las artes», ya estaría en vías de solución o solucionado. Y debo aclarar algo inmediatamente. No se debe identificar a la mantenedora de la exposición con la alcaldesa. Más bien las cosas ocurrieron al revés. La Alcaldía le vino a Blanca después de lo otro.

Parecía, después de lo di-

